



“Quiero parecer hetero”: la relación entre la conciencia masculina de uno mismo, la femifobia y la identidad gay negativa.

“NO FAT NO FEM” es la impresión sobre una camiseta que podemos encontrar en una conocida web dedicada a la venta de ropa destinada al mundo homosexual. “Ni gordos ni femeninos”. Este lema no tiene nada casual, sino que está sacado de cualquier aplicación – tan en alza en estos tiempos– de contacto entre homosexuales, donde las consignas de este tipo con comunes y conocidas entre los usuarios. Con que uno se sumerja en el mundo de internet, premisas del estilo de “busco chico masculino sin pluma” o perfiles con nombres tan pintorescos como “hetero32”, aparecen por doquier. Incluso en la comunidad homosexual existen subgrupos que buscan una autoidentificación y separación del resto del colectivo a través del uso de lo que podríamos llamar una imagen heterosexualizada, la similitud con el llamado “macho”: barba, cuerpo de gimnasio, nada de amaneramiento (HENNEN, 2005). En ningún momento abandonan su faceta de homosexual, pero, al mismo tiempo, se incluyen del grupo para no ser identificados con *los otros*.

Teniendo reciente una polémica surgida en torno a las declaraciones de Eliad Cohen para Supervivientes 2017, cabe preguntarse hasta qué punto este tipo de preferencias entran dentro de los gustos personales de cada individuo o, más bien, pertenecen a un tipo específico de misoginia confeccionada dentro del mundo gay.

Actualmente asistimos a una clara apertura desde los poderes del estado hacia lo sujetos que siempre han formado parte de los grupos marginados, con el intento de apartar de estos colectivos las cargas sociales (violencia, discriminación) que siempre han sufrido (en relación con la comunidad homosexual, CALVO, 2010b). Sin embargo, mientras desde fuera del colectivo se trazan políticas de inclusión, dentro del mismo asistimos al nacimiento de segregaciones varias, asentadas en el comportamiento de los individuos. Estas acciones tienen un largo recorrido, desde el principio mismo de la homosexualidad, pues se trata de procesos de socialización y naturalización por los que pasan la mayoría de los homosexuales y que encuentro íntimamente ligados a la masculinidad hegemónica de la que habló Connell.



En este punto, es sumamente relevante hablar de este tipo de masculinidad, pues desde ella se configuran el resto de masculinidades, siendo la más importante para nosotros la subordinada, definida como la dominación que sufren los homosexuales respecto a los hombres heterosexuales a través de un conjunto de prácticas y experiencias de la vida cotidiana (CONNELL, 1997).

Desde los primeros momentos de socialización (definida como el proceso de aprendizaje de las creencias, normas y valores que la sociedad espera del individuo) del hombre homosexual, en el contexto europeo, este tiene que aprender toda una serie de reglas y comportamientos a los que debe atenerse y toda una serie de rasgos y caracteres (negativos en todo caso) que son asociados con la homosexualidad y que el individuo absorbe en su primera socialización (ENGUIX, 2000). Por lo tanto, tenemos que, desde un primer momento, los sujetos van a recibir este tipo de información adversa sobre su propia condición, lo que puede derivar en una negación de ésta o en una aceptación oculta y subalterna, producto de la visión estigmatizada que tiene el sujeto desde la socialización primaria. El momento en el que el sujeto toma contacto y asume como rol a seguir la masculinidad hegemónica es en la infancia (KEHLER, 2010), y por eso la educación y el modelo que se propone en la escuela tiene tanta importancia. De hecho, en los colegios prevalece un modelo de educar en la masculinidad hegemónica y en la heterosexualidad, donde otro tipo de realidades sexuales y de género son borradas y tachadas. Y, cuando el legislador trata de introducirlas, las protestas aparecen por doquier (sirva como ejemplo lo sucedido en España este mismo mes¹). Y no solo en los centros docentes, sino que en los años durante los que se establecen en la cabeza del niño los esquemas mentales que le permiten interiorizar formalmente la masculinidad (AGUIRRE, 2008), el sujeto está expuesto a la influencia de la televisión, de la literatura, de la religión y del internet (quizás alguien debería tratar algún día la perpetuación de una homofobia encubierta por chistes y bromas, que si bien antes eran patrimonio de personajes dantescos como Bertín Osborne y solo estaban disponibles para quién iba a alguno de sus otrora *cómicos* shows, ahora está al alcance de cualquiera en redes como Vine, donde algunos usuarios españoles acumulan miles y miles de visitas en videos donde ridiculizan a los homosexuales y los reducen a ser “tíos que andan con bolsos”).

¹ <http://flipalo.lavanguardia.com/fans/20160502/401513949933/transexualidad-guia.html>



El homosexual occidental crece y desarrolla en una sociedad donde prima la masculinidad hegemónica, lo que produce una concepción de sí mismo como persona inferior. Esto lleva al autorechazo, no solo a sí mismo, sino al colectivo en su conjunto.

Asimismo, me gustaría hacer ya el primer inciso que pone de relieve el que será el objeto de este trabajo: la identificación del varón homosexual con una clase de sujeto femenino, inferior en todo caso al resto de sujetos masculinos (hegemónicos). Y es que “el hombre debe demostrar su identidad masculina convenciéndose y convenciendo a los demás de que no es una mujer, de que no es un homosexual” (BANDINTER, 1993: 62). Y sobre todo el hombre homosexual, que es relacionado desde la Antigüedad con lo femenino, hasta el día de hoy. De hecho, muchos de los términos peyorativos de uso cotidiano dirigidos hacia la comunidad gay son en femenino (marica, loca) y el uso de las formas femeninas de sustantivos, demostrativos, artículos o adjetivos es otro de los modos con los que se ataca verbalmente al hombre homosexual en la lengua española.

Si bien es cierto que, dentro de la misma comunidad, hemos asistido a un proceso de revalorización de dichos vocablos y hoy, sobre todo entre los jóvenes del colectivo, es normal el uso de, por ejemplo, palabras como “marica” o vocativos como “tía” para referirse los unos a los otros en un contexto informal y amistoso.

Sin embargo, la *plumofobia*, término que responde a unos patrones claros, es cada vez más común dentro de la comunidad gay. Se trata de actitudes hacia los gays femeninos que, de ser propiciadas por heterosexuales, serían tildadas sin problemas de homófobas. Cuando Lance Bass, perteneciente al grupo 'N Sync salió del armario en 2006, tal y como recogieron la literatura y los medios (SÁNCHEZ y VELAIN, 2012; BUCHANAN, 2008; RICE, 2006), el acogimiento no fue bueno dentro del colectivo. La causa está en las palabras utilizadas en la entrevista en la que anunció su condición de homosexual: “I kind of call them [a gente como él] the SAGs—the straight-acting gays. We're just normal, typical guys. I love to watch football and drink beer”. Es un claro ejemplo de lo que he querido ir demostrando desde líneas arriba: la perpetuación del pensamiento misógino, machista y sexista según el cual hay dos tipos de homosexuales (los afeminados y los que se parecerían más a la masculinidad hegemónica de Connell).

¿Podemos decir que existe un sentimiento anti-femenino en la comunidad gay? Sí. No obstante, encuentro que no es algo tan simple con responder sí o no. La literatura (HALDEMAN, 2006) ha sostenido, con estudios clínicos psiquiátricos, que las conductas de lo que



desde aquí llamaremos *femifobia* nacen en hombres homosexuales que tienen sentimientos negativos hacia su propia condición sexual. Se trataría de una homofobia interiorizada con malos sentimientos hacia uno mismo por ser gay (ESTRADA, RIGALI-OILIER, ARCI-NIEGA y TRACEY, 2011; SÁNCHEZ, WESTEFELD y VILAIN, 2010, citados en SÁNCHEZ y VILAIN, 2012).

La manifestación de estas actitudes se produce en las relaciones personales, tanto en los procesos de ligar como en el sexo. Diversos estudios (JEFFRIES, 2009; PHUA, 2007) han venido demostrando que muchos homosexuales quieren ser reconocidos por actos que podríamos encuadrar dentro de la tipología de homosexualidad hegemónica de Connell (jugar al fútbol, beber cerveza...) y que buscan, en el sexo, parejas masculinas, al tiempo que lo que menos les atrae del otro es que éste sea femenino (CLARKSON, 2006 y TAIWADITEP, 2001, quién ideó una escala de *femifobia* [Negative Attitude Towards Effeminacy Scale]). Otros estudios, recogidos por Sanchez y Vilain, concluyen que muchos hombres gay demuestran actitudes negativas hacia sus iguales que no se muestran *todo lo masculino que deberían* y que tienden a buscar que terceros los reconozcan como *masculinos* a partir de su comportamiento exterior. En este punto, considero necesario aclarar qué parámetro usan para reconocer o no a un sujeto como masculino. Investigaciones recientes basadas en encuestas personales en Estados Unidos han concluido que la masculinidad está relacionada con cómo uno se comporta (SÁNCHEZ y VILAIN, 2012). Estos mismos autores señalan otra investigaciones de las que se extrae que estos individuos usan esta tipo de misoginia hacia los gays femeninos “para protegerse a si mismos del aislamiento” (HARRY, 1983), lo que vendría a significar que la *femifobia* es una forma de recalcar su propia masculinidad, que sentirían debilitada y subordinada por su condición sexual, a la vez que se separan de los estereotipos y de experiencias pasadas que los puedan hacer sentir y ver, ante la sociedad, como chicos femeninos.

Sin embargo, uno de los asuntos en los que más se manifiesta esta *femifobia* o misoginia encubierta en el ámbito de la comunidad gay es en el sexo. Aunque la razón nos lleva a pensar que no hay ninguna correlación entre el *parecer* masculino (en la investigación de Sanchez y Vilain, la masculinidad va en la actitud y en el parecer exterior, con elementos como la barba o la ropa) y la postura de activo (definido como aquel sujeto que realiza la penetración en el acto sexual, o también el que lleva la iniciativa cuando no hay tal); y viceversa: *parecer* femenino y asumir el rol de pasivo en el sexo. No hay ninguna evidencia de



que esto sea así, de que tenga que ser así. Sin embargo, dentro de la comunidad gay, es algo que se asume: el que tiene pluma, es pasivo. ¿Qué razón hay para esta identificación? Se puede resumir en un esquema mental muy simple: ser femenino → asumir el papel de la mujer en el acto → ser penetrado.

La diferencia entre ser activo y ser pasivo es la misma que la diferencia tradicional entre el papel de hombre y mujer, pues estamos en unas relaciones de poder donde unos toman el papel de dominados (mujeres y pasivos) y los otros, de dominantes (hombres y activos). Entonces, no todo aquel hombre que tiene sexo con otros hombres tiene porque ser considerado menos viril, pues podemos diferenciar dos tipos de estos. La literatura ha recogido que los pasivos son vistos como un fracaso “desde el punto de vista social y biológico y como un ser que no tiene la capacidad para realizar su potencial natural debido a lo inadecuado de su comportamiento social y que tampoco puede cruzar los límites culturales constituidos de género debido a las inevitables restricciones impuestas por la anatomía” (PARKER, 2002: 51). Tal hecho produce que sobre estos sujetos se lleve a cabo toda una suerte de violencia simbólica, verbal y física.

Por lo anterior, y como quedó dicho, se distinguen dos tipos de homosexualidad con base en la masculinidad. Si bien es cierto que el hecho es que la diferencia entre ambas viene dada por las preferencias del enviado durante el acto sexual, todo esto se refleja en la consideración intra y extracomunitaria que se tiene del mismo a raíz de sus gustos sexuales. De este modo, el hombre que tenga una relación sexual con otro hombre no sacrifica su “masculinidad socioculturalmente construida” entretanto realice el rol masculino (el activo) en la relación sexual y “en la medida que se comporte como hombre dentro de la sociedad de acuerdo con los patrones convencionales: proveedor, protector, tomador de decisiones” (PARKER 2002, citado en AGUIRRE 2008: 27).

Una buena idea sería llevar a cabo una recogida de datos, donde al sujeto se le pidiesen sus datos personales, sobre sus preferencias sexuales. Aunque es una hipótesis, intuyo que pocos se presentarían a sí mismos como pasivos, y que tendríamos un gran porcentaje de activos, que, me aventuro, no corresponde con la realidad de la alcoba.

Por lo tanto, considero que este tipo de constructos son fruto de la misoginia y de la homofobia presentes en la sociedad, que la comunidad gay asume e incorpora en su imaginario colectivo. Esto produce que se lleven a cabo todas unas actitudes, comportamientos y casi ritos para, primero, demostrar antes los otros que no tengo pluma y que soy tan hombre como



un heterosexual (lo cual nos puede hacer reflexionar sobre qué entendemos por hombre, porque, desde luego, la biología es clara sobre este punto), y segundo, que nadie le reconozca como pasivo, porque, a pesar de que para que haya activos tiene que haber pasivos, no es común, ni entre ambientes más recogidos, entre amigos podríamos decir, reconocer que uno es pasivo; como mucho, versátil. Tengo que insistir que esto es por la idea interiorizada de “ya basta con que nos identifiquen con las mujeres porque nos gustan los hombres, como para que también lo hagan por ser pasivo”. Porque del mismo modo que, en lengua castellana, cuando algo es “un coñazo” es malo, ser hombre, gay, y que por ello te acerques más a la idea de feminidad que a la de masculinidad, también es malo.

Hasta aquí hemos hablado de la idea que existe, como idea, en la cabeza del sujeto. Pero el punto problemático, en mi opinión, llega cuando se exterioriza en concretos hechos y actitudes. Aquí traigo a colación las palabras con las que iniciaba este ensayo: NO FEM. Este título es común toparlo en redes sociales para homosexuales. Y, es que tal y como demuestran cuantitativamente Sanchez y Vilain, en una escala del 1 al 7, donde 1 es “nada importante” y 7 “totalmente importante”, el 60% de los encuestados consideran entre el 5 y 7 la masculinidad cuando buscan pareja o compañero sexual.

Sabiendo esto, es de esperar que, en contextos de relacionarse socialmente, haya una especie de marginación hacia aquellos con pluma. Por ello, encontramos ya palabras específicas surgidas de la *plumofobia*: loca o pasiva son unas ellas. Hay que plantearse si el lema de “no fems” responde más a un gusto personal como puede ser que te gusten rubios, o, más allá de eso, se trata de misoginia encubierta. Yo creo que es una mezcla de ambos elementos. La prueba está en que, como hemos visto, la masculinidad se relaciona también con el aspecto físico, por lo tanto, según esto, a alguien que no le gustan femeninos debería sentir atracción por los hombres fuertes y con barba y ninguna por los conocidos como *twinks*. ¿Pero qué pasa si uno de los primeros tiene pluma o el segundo no actúa *femeninamente*? Más allá de algo de atracción física, a mi parecer, está relacionado con la idea de evitar lo femenino, que es malo. Por eso sostengo que el feminismo tiene mucho que trabajar dentro de la comunidad gay.

Mencionaba líneas arriba que quizás esta tendencia de un grupo dentro del colectivo gay a identificarse a sí mismos como masculinos (lo que, en castellano, y en la jerga, se llamaría “rollo hetero”) viene dada por la identificación con la idea de “ya que soy gay, al menos que



no me vean como una mujer”, y creo que vale la pena comentar los resultados de la investigación de los autores antes citados, pero esta vez con la conciencia que cada sujeto tiene de sí mismo. En una escala donde 1 es “para nada masculino” y 7 “extremadamente masculino”, el 68% de los encuestados se perciben dentro del 5 al 7, a la vez que un número también alto indica que se ve menos masculino de lo que les gustaría. Esto hace ver que existe una presión sobre el hombre gay para verse masculino ante sí mismo, pero también ante los otros.

Estas encuestas son hechas en Estados Unidos, con un contexto bastante diferente al de España, y en un rango de edades bastante grande. En nuestro país, aunque no existe este tipo de investigaciones, si se puede notar y ver que, entre los jóvenes, la identidad gay y el ser femenino es algo que se empieza a llevar con naturalidad y, quizás la palabra sea muy atrevida pero así lo considero, con orgullo. De otro modo no se podrían explicar las agresiones homófobas que han venido ocurriendo este año, producidas hacia sujetos escogidas de forma totalmente aleatorias, solo fijándose en su aspecto externo, que, he de suponer, no era lo que este tipo de sujetos identifica con lo masculino.

Como último punto, me gustaría poner hincapié en el hecho de que de las agresiones registradas este año en Madrid, ninguna fue realizada contra lesbianas. Otra cuestión que llama la atención es la categoría “lesbiana” está entre el top de los videos buscados en Pornhub² y que, según datos facilitados por esta página, esto no se debe a que todas las lesbianas de España consuman porno, pues tres de cada cuatro consumidores españoles son hombres (74%)³. En base a los anteriores datos me aventuro a pensar que quizás la percepción que se tiene de los hombres homosexuales y de las mujeres homosexuales sea diferente. ¿Por qué? Porque ellas son mujeres; pero ellos son hombres que se rebajan a *tener comportamientos y gustos* construidos socialmente como propios de mujeres. Y de aquí sale el rechazo que hemos ido viendo a lo largo de estas páginas.

Con todo, vemos que queda mucho por hacer, tanto desde los movimientos LGTB como desde el feminismo, para acabar con este tipo de conductas que afectan a millones de personas en el mundo, que perpetúan estereotipos y que impiden la libertad de ser quién uno

² <http://www.zeleb.es/tv/n/que-tipo-de-porno-se-busca-en-espana-las-sorprendentes-estadisticas-de-pornhub-03857>

³ http://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2014-09-17/los-habitos-pornograficos-de-los-espanoles-que-desvelan-las-estadisticas-de-pornhub_197537/



quiere. La homofobia, aparte de ser un atentado contra los derechos fundamentales de la persona, también es un brazo del machismo y de la misoginia, que quedaría sin razón de ser una vez eliminados ambos dos anteriores comportamientos.

Como Kummel expresa en “La masculinidad a debate”, la masculinidad continúa siendo el principio organizador de la conducta heterosexual y homosexual, ya que incluso en la cultura gay, las muestras y pruebas de la masculinidad son un tema constante.

BIBLIOGRAFÍA

Connell, R.W. (1997). La organización social de la masculinidad. En: Valdés T, Olavarría J, editores. *Masculinidades. Poder y crisis*. Chile: Isis Internacional, 31-48

Badinter, E. and Casals, M. (1993). XY la identidad masculina. Madrid: Alianza.

Calvo, K. (2010). Movimientos sociales y reconocimiento de derechos civiles: la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo en España. *Revista de Estudios Políticos*(147), 137-167.

Calvo, K. (2010b) Reconocimiento, ciudadanía y políticas públicas hacia las uniones homosexuales en Europa. *Revista española de Investigaciones Sociológicas* (129), 37-49.

Enguix, B. (2000). Sexualidad e identidades. Identidades homosexuales. *Gaceta de Antropología* (16), artículo 04.

Buchanan, K. (2008). Why wasn't this the year of Lance Bass? Lance Bass on coming out under fire—from gays like you. *The Advocate* (1000), 28–33.

Rice, C. (2006). The myth of ‘straight-acting.’ *The Advocate* (972), 88.

Haldeman, D. (2006). Queer eye on the straight guy: A case of gay male heterophobia. In M. Englar-Carlson & M. A. Stevens (Eds.), *The room with men: A casebook of therapeutic change*, 301-307. American Psychological Association.

Kehler, M. (2010). Boys, Books and Homophobia: Exploring the practices and policies of masculinities in school. *McGill Journal of Education* (vol. 45-3), 351.

Parker, R. (2002). Cambio de sexualidades: masculinidad y homosexualidad masculina en Brasil
Alteridades (vol. 23-12).

Hennen, P. (2005). Bear bodies, bear masculinity: Recuperation, resistance, or retreat?
Gender & Society 19, 25- 43.



Aguirre, J. (2008). Aproximación a una masculinidad estigmatizada: hombres que tienen sexo con otros hombres. Dirección General Adjunta de Estudios, Legislación y Políticas Públicas.

Documento de Trabajo E-13-2008.

Jeffries, W. L. (2009). A comparative analysis of homosexual behaviors, sex role preferences, and anal sex proclivities in Latino and non-Latino men. *Archives of Sexual Behavior* (38) 765–778.

Phua, V. C. (2007). Contesting and maintaining hegemonic masculinities: Gay Asian American men in mate selection. *Sex Roles* (57) 909–918.

Clarkson, J. (2006). ‘Everyday Joe’ versus ‘pissy, bitchy, queens’: Gay masculinity on StraightActing.com. *Journal of Men’s Studies* (14) 191–207.

Taywaditep, K. J. (2001). Marginalization among the marginalized: Gay men’s anti-effeminacy attitudes. *Journal of Homosexuality* (42) 1–28.